



LA ORACIÓN EN COMÚN

Por Fabiana Marges

*“Tú en el comienzo y al fin de la jornada
Tú en medio de la noche y en la alborada”*

Ada Albrecht

Los seres humanos naturalmente sentimos en nuestro corazón el deseo de orar, de colocarnos en presencia de Dios y establecer un diálogo con Él, en un movimiento de recogimiento hacia nuestro interior, en un estado de humildad y entrega para escuchar al Señor, en la soledad de ser sólo dos y uno a la vez.

Dios está constantemente pulsando en nuestro corazón a modo de llamado continuo para que todo nuestro ser, realice el movimiento de dejar lo que nos distrae de su presencia y vayamos hacia Él, ese pulsar es la devoción, que va haciendo crecer el anhelo hasta que nos deshacemos en Él por profundo amor.

Por este sentir es que existen muchas y variadas formas de orar en el ser humano y en las diferentes tradiciones. Está la oración personal, aquella forma individual de disponernos a la

conversación directa con la divinidad, para que nuestra alma despierte de su olvido, manifieste la verdad de su naturaleza y se funda en la identidad con Dios.

En la oración individual cada persona puede comenzar siguiendo palabras ya escritas por otros devotos, puede utilizar fórmulas sagradas como los mantras de la tradición de India, transmitidos por los sabios que los captaron de los mismos labios de la divinidad; puede seguir oraciones como el “Padre Nuestro” del Señor Jesús; hasta que surge desde lo más íntimo de su corazón una oración espontánea que a modo de fuente siempre surgente, lo sostiene en una conexión íntima y personal con Dios, como amorosamente nos comenta Teófilo el recluso en el “Arte de la Oración” o como expresa Santa Teresa de Avila en el libro de su vida: “Trato de amistad con quien sabemos nos ama...estando a solas con quien sabemos nos ama”.

Pero a la vez, el ser humano necesita orar en común, con su prójimo, con los que comparte un ideal, un sentir y así observamos que en todas y las diversas tradiciones se han desarrollado formas de devoción grupales, en conjunto de personas, de comunidades orantes; establecidas en un tiempo y lugar determinados, como por ejemplo el shabhat hebreo, la misa cristiana, las cinco oraciones al día de la tradición del Islam y las sadhanas de India.

Esta oración en común se distingue porque participan dos o más personas que acuerdan en realizar la práctica espiritual, porque el momento está estipulado al igual que las palabras, los gestos corporales, los cantos y las fórmulas que se utilizan en su realización.

La oración en común entonces es de conjunto de almas y a la vez se efectúa al mismo tiempo, produciendo así la unidad de corazones y almas, con el objeto de hacer visible en este plano físico al UNO invisible, hacer presente la comunión del conjunto de personas en la divinidad.

A su vez, los momentos de la oración en común, se ajustan a ciclos vitales como el transcurso del día, de la semana, del mes, del año y de conjunto de años; que están relacionados con los ciclos del sol y de la luna. Estos momentos de oración buscan sumergir al movimiento mental en un ciclo, en un círculo, que aparta a nuestra mente del pensamiento lineal, para que tome un movimiento circular, constante, sin principio ni fin, vital, central, de corazón, de sentir, de lo consagrado con los movimientos del universo; que permite a las personas permanecer en el momento del ahora.

El seguir fórmulas u oraciones ya estipuladas, si bien puede parecer que dificulta el diálogo con el Señor, permite trabajar las veleidades de nuestro ego, acostumbrado a la variedad, posibilita que la enseñanza de la oración se nos revele por el tra-

bajo en profundidad, en la labranza de nuestro corazón; que se nos brinda por la repetición constante de las mismas fórmulas que nos conectan con lo estable, con lo permanente y con la sintonía en el todo.

Son tan importante, para nosotros pequeños devotos, tanto la oración personal como la oración en común, la que nos permite diluir nuestros sentimientos de individualidad, en una colaboración fraterna entre unos y otros.

Una de las oraciones en común de la tradición del Señor Jesús, es la llamada “Liturgia de las Horas”. Esta Liturgia o reglas para la práctica de la oración se viene forjando desde los primeros Padres cristianos del desierto (en los siglos II y III) hasta nuestros días, por diferentes practicantes y buscadores de todos los siglos que intentan acercar a Dios a una humanidad orante en fraternidad, inspirados por las palabras de Jesús: “hay que orar siempre, sin desanimarse jamás” y de San Pablo que se hizo eco al recomendar “Oren sin cesar”.

Esta oración en común nos invita a ponernos en presencia de Dios, con ánimo de celebración, siete veces en el día; en las prácticas de oración a las que llama:

- Laudes: la oración de la mañana,
- Tercia: la oración de la media mañana,
- Sexta: la oración del mediodía,

- Nona: la oración de la media tarde,
- Oficio de lectura: en cualquier momento del día o en una vigilia,
- Vísperas: la oración de la tarde y
- Completas: la oración de antes de ir a dormir.

Estas prácticas de oración, recitadas o cantadas, están así repartidas en determinados momentos, en un intento por crear un clima de constante orientación de nuestra persona hacia Dios, en las diversas horas del día y de la noche. Sabemos que el día y la noche y su tiempo son sagrados, ya son Dios, pero estas prácticas intentan que lo recordemos hasta que sólo vivamos nuestro tiempo y nuestro trabajo en Dios en continua alabanza, simplemente en lo eterno. El eje del día es la oración y va bañando o impregnando al resto de las actividades hasta que nuestra vida se vuelve oración, vemos y vivimos las cosas desde los ojos y el Corazón de Dios.

Cada uno de estos momentos de oración tiene un espíritu propio y particular. Así Laudes, palabra latina que significa “alabanza”, marca el espíritu de esta oración de la mañana que es: Alabar a Dios por el día que nos regala y consagrar a Él, los primeros movimientos de nuestra alma, no hacer nada hasta no alegrarnos por el recuerdo y presencia del Señor, además de poner a sus pies nuestra actividad para que se cumpla su vo-

luntad. Al ser una oración matutina hace referencia al día, al comienzo, a la luz, a la aurora, al Sol, evoca el despertar del hombre, su renacer espiritual. El devoto alaba porque admira las maravillas de Dios y de su redención por un nuevo comenzar.

A modo de ejemplo, citamos el salmo 99, que forma parte de esta oración:

*Aclama al señor, tierra entera,
servid al Señor con alegría,
entrad en su presencia con aclamaciones.
Sabed que el Señor es Dios:
que Él nos hizo y somos suyos,
su pueblo y ovejas de su rebaño.
Entrad por sus puertas con acción de gracias,
por sus atrios con himnos;
dándole gracias y bendiciendo su nombre:
“El Señor es bueno,
su misericordia es eterna,
su fidelidad por todas las edades.”*

El cántico evangélico de Zacarías, el Benedictus, forma parte del momento de Laudes y es un canto de jubilosa sorpresa del alma que se siente colmada por los dones de Dios:

*“Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
porque ha visitado y redimido a su pueblo,
suscitándonos una fuerza de salvación
en la casa de David, su siervo....
Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
nos visitará el sol que nace de lo alto
para iluminar a los que viven en tiniebla
y en sombra de muerte,
para guiar nuestros pasos
por el camino de la paz.”*

El nombre de Vísperas procede de Venus, también llamado Véspero, el primer planeta que aparece al llegar las sombras, antes del propio anochecer, que desde antiguo señaló el momento de la oración del atardecer, cuando declinan el día y la labor. La esencia de este momento de la oración es de “acción de gracias” por cuanto se nos ha entregado en la jornada y por cuanto el Señor nos ha trabajado en nuestro interior durante el día.

A modo de ejemplo, citamos un resumen del salmo 29, que forma parte de este momento de oración:

*Te ensalzaré, Señor, porque me has librado
y no has dejado que mis enemigos se rían de mí.*

Señor, Dios mío, a ti grité,

y tú me sanaste.

Señor, sacaste mi vida del abismo,

me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa.

.....

Cambiaste mi luto en danzas,

me desataste el sayal y me has vestido de fiesta;

te cantará mi alma sin callarse.

Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre.

El momento de Vísperas concluye con el Cántico evangélico de la Virgen María: el Magnificat, donde como devota perfecta canta a la grandeza del Señor que realiza sus planes a través de su pequeña servidora, humilde y sencilla:

“Proclama mi alma la grandeza del Señor,

se alegra mi espíritu en Dios mi salvador;

porque ha mirado la humillación de su esclava.

.....

Él hace proezas con su brazo:

Dispersa a los soberbios de corazón,

derriba del trono a los poderosos

y enaltece a los humildes,...”

Las oraciones de Laudes y la de Vísperas, son las llamadas Horas principales como el doble centro o quicio en el que gira la práctica espiritual diaria, en cuanto a alabanza de comienzo

y gratitud como cierre del día. Para el ser humano, el comienzo y el fin de la jornada, espontánea y naturalmente, siempre han tenido un significado especial por el contraste fuerte del paso de la noche al día y del día a la noche en el ciclo natural de actividad con la luz del Sol.

El espíritu de las Horas intermedias es mantener el contacto permanente con Dios y santificar la actividad cotidiana con un breve momento de oración. Estas Horas de tercia, sexta y nona, deben su nombre a la antigua forma romana de llamar a las horas del día. El contenido de estas oraciones hace referencia al significado del trabajo humano, al esfuerzo, como una colaboración en la obra creadora de Dios y en el servicio fraterno. San Benito recomendaba a los monjes que salían a trabajar al campo, aprender de memoria, algunos de los elementos de estas oraciones, para poder rezar en el lugar de trabajo.

La última oración que se hace antes del descanso de la noche, es la de Completas. Es una oración impregnada de intimidad y silencio, una súplica confiada para obtener la protección divina durante el reposo nocturno. Se distingue por el examen de conciencia y el cántico evangélico de Simeón el Nunc dimittis, que nos habla de la paz con que se puede abandonar esta vida para quien ha visto a su Dios:

Ahora, Señor, según tu promesa,

*puedes dejar a tu siervo irse en paz,
porque mis ojos han visto a tu Salvador....*

La lectura de la Palabra de Dios u Oficio de Lectura es para recibir el mensaje de Dios y acogerlo internamente, de tal forma que el alma anhele el diálogo a través de la oración. Se trata de lecturas largas de la sagrada escritura y de autores espirituales para la reflexión y para que impulse al devoto a la oración.

Cada uno de estos momentos o prácticas de oración tiene una forma, compuesta por diferentes elementos que están hilados por el silencio. En la base del silencio interno se manifiesta un diálogo con el Señor, la parte de la introducción nos habla de preparar al alma y ponernos en presencia de Dios, luego alabarlo a través del canto de himnos y salmos, para que una vez preparado nuestro corazón podamos escuchar la palabra de Dios por la lectura, y así suscitar una respuesta del alma con la petición y la oración.

El silencio es un elemento esencial para toda oración, es importante durante el transcurso de todas sus partes y es fundamental para la asimilación y maduración del contenido de cada una de ellas, por eso se enfatiza el silencio, principalmente luego de cada salmo, cántico y lectura.

El corazón de cada uno de los momentos de la oración son los Salmos, los ciento cincuenta salmos se recorren en el transcurso de cuatro semanas. Son de vital importancia porque tanto Jesús, María y José rezaron los salmos, los apóstoles los rezaron y los usaron en la predicación en los primeros tiempos de la tradición cristiana. Los salmos hermanan a la tradición hebrea con la cristiana.

Desde el punto de vista literario son poesías concebidas para ser cantadas. El libro de la Biblia que los agrupa lleva por título “Tehillim: Cánticos de alabanza”. Con ellos el pueblo hebreo abrió su corazón ante el Señor en las más diversas circunstancias y estados de ánimo.

En el título de varios de los salmos aparece la palabra “mizmor” que significa “canto acompañado de instrumentos de cuerdas”. Esta palabra hebrea fue traducida al griego por el término “psalmoi”: canto que se ejecuta con el salterión: instrumento de cuerdas”. La palabra pasó al vocabulario latino y las lenguas modernas como “salmos” y “salterio” que indica el conjunto de todos los salmos.

Los salmos son composiciones de la poesía y la música, artes que se entienden con lo intuitivo y permiten al poeta expresar vivencias profundas dejando hablar a su corazón. Si bien ofrecen un texto para la consideración de nuestra mente, tien-

den a mover el corazón de quien los recita y de quien los escucha.

En cuanto a su contenido, expresan la actitud de quien tiene por eje de su vida a Dios y por lo tanto expone ante Él todo: su alegría, su dolor, sus temores, su alabanza, su súplica, su confianza y su acción de gracias; tanto individual como de toda la comunidad. Los salmos se adjudican en su mayoría, al rey David del pueblo hebreo, quien los recibió de Dios para que aprendamos a orar al mismo Dios, por eso son la misma palabra del Señor. Pero a su vez, tienen un contenido humano que los hace una oración universal. San Atanasio (+373), nos dice: *“El salterio es como un “espejo”: quien canta un salmo puede mirarse a sí mismo y observar los movimientos del alma; lo percibe como si fuera él mismo la persona a quien el salmo se aplica. Los salmos abrazan toda la vida humana, cualquier estado del espíritu, toda emoción del alma....”*. Son las antífonas a los salmos, como estribillos o frases breves, las que ayudan a percibir la densidad humana de estos cantos.

Para escuchar al Señor, con el corazón preparado por el canto y luego reflexionar en su Palabra, está la parte de la Lectura. En los momentos de Laudes, Vísperas y las Horas intermedias, la lectura es breve y están indicadas de acuerdo con las características del día, del tiempo o de la festividad. En el momento del Oficio de Lectura, esta práctica es extensa.

La respuesta de los devotos a la Palabra de Dios, es el Responsorio. Este es como la resonancia y la prolongación de la lectura, busca expresar el eco suscitado en el alma por la palabra. Está destinado a la necesidad de asimilar el significado de la lectura y nos enfatiza su mensaje clave.

Esta práctica de la “Liturgia de las Horas”, como toda práctica devocional, realizada en lo cotidiano y con perseverancia, es el girar constante de una rueda que va moliendo suave pero con firmeza nuestra ignorancia de Dios. Así en la pureza del corazón podemos transformarnos en instrumentos del Señor: la flauta en manos y labios del Señor Krishna, o el ideal propuesto por San Benito “que el corazón concuerde con la voz” para sólo cantar: ¡Bendito y Alabado sea Nuestro Señor. Demos gracias al Señor!

*Por la Prof. Fabiana Marges
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
